

tere la sustancia de ella, sino porque estan divinizadas todos sus afectos. Donde quiera se predica su misericordia; pero tambien se proclama su justicia, y aunque sepamos que la experiencia que tiene de nuestras miserias, le ha formado un corazon compasivo de nuestros males, no por eso dejamos de decir que su padre le ha nombrado juez con absoluto poderio. En fin pues nuestro Dios es un fuego voraz, ¿por qué no ha de temer el pecador derretirse en su divina presencia como la cera junto á la lumbre? Así nuestra desconfianza se alentará grandemente con una medianera. Y á decir verdad no conozco otra mas deseable para los hombres, ni mas accesible á los pecadores que María; porque en ella no puede mostrarse nada que amedrente á la fragilidad humana, ni advertiremos nada que huela á rigor ó austeridad: todo es en ella dulzura. Repasemos la historia evangélica, y si descubrimos el menor vestigio de desabrimiento ó de indignacion, consiento en que os sea sospechosa y os acerqueis á ella con temor y temblor. Si al contrario hallais que no respira mas que bondad y mansedumbre, acordáos de que lo debeis al que os proporcionó tal medianera. En una palabra vedla rodeada del sol para manifestarnos que es por parentesco é imitacion la hija de aquel Dios, que hace salir el sol sobre los buenos y los malos. Considerad que tiene la luna á los pies, es decir, que tiene la iglesia bajo de su proteccion: esta iglesia toma toda su luz de su esposo como la luna del sol. Postrémonos pues delante de ella abrazando sus sagrados pies y no la soltemos hasta recibir su celestial bendicion. Toda potestad le ha sido dada del cielo, porque es el verdadero vellocino que está entre el rocío y la tierra, y la mujer que está entre el sol y la luna, es decir, entre el Salvador y la iglesia.» Ve ahí el discurso de uno de los mas devotos siervos de la madre de Dios, con el que concuerda admirablemente este pasaje de Hugo de S. Vic-

tor: «Si temeis presentaros delante de Dios; no tengais miedo de acudir á María, en quien no hallareis nada que os dé temor. Acercaos á ella como á vuestra parienta, porque enteramente es de la misma naturaleza que vosotros.»

IV. Pero porque no basta la clemencia sola para ser medianera perfecta, sino que es necesario que la ayude el poder, veamos cómo Dios la dotó liberalmente de él.

§. V.—Del poder de nuestra medianera proveniente de sus propios méritos.

I. Como solo Dios puede engrandecer á sus criaturas, cuando pone la mano en ellas, da bien á conocer que es él. En virtud de esta consideracion hablaba así á la Virgen S. German de Constantinopla (1): «Todo lo que mira á tí, oh santa señora, es excelente; todo es grande y levantado sobre nuestros entendimientos; el poder que tienes con tu hijo, excede cuanto podemos comprender.» Del mismo modo de pensar provenian estas palabras de Jorge de Nicomedia (2): «Si nos queda alguna esperanza de llegar al cielo, se funda en tí, de quien esperamos la ayuda y socorro que necesitamos. Y como es menester que nuestras disculpas pasen por tu boca para ser admisibles, de nada nos gloriamos tanto como de que te dignes de aceptar nuestra confianza. Así haz decretar nuestros memoriales, porque puedes: no hay medio de resistir á tus peticiones, ni de oponerse á tu poderosa intercesion, porque el que nació de tí, emprendió el ensalzarnos sobre todas las obras de sus manos.» El que quisiese hacer un estudio particular de las proposiciones de estos dos siervos de la Virgen, hallaria que estriban en dos fundamentos muy sólidos, es decir, en los

(1) Orat. de zona B. Virg.

(2) Orat. de oblat. Virg.

singulares méritos de la madre y en la infinita bondad del hijo.

II. Si ha de decirse lo que hay en realidad, el título de madre es un motivo muy poderoso para un buen hijo, y difícilmente puede negarse lo que se pide por tal título. Mucho menor probabilidad de repulsa hay cuando una madre como la Virgen emplea su dulce nombre. «Pide cuanto quieras, le decía S. Lorenzo Justiniano (1), porque no trata de negarte nada el que quiso nacer de ti y te honró descansando en ti y teniéndote cerca de su persona.» S. Fulberto, obispo de Chartres, decía (2): «Recibe lo que presentamos; alcanza lo que pedimos; excusa lo que tememos, porque sería desatino buscar otra que tuviese mas poder para aplacar la ira de nuestro juez, que tú que mereciste ser su madre.» S. Agustín (3) y S. Ildefonso (4) apuntan esta misma razón diciendo que sería cosa muy singular que la que llevó en su seno el precio de nuestra redención, no tuviese mas valimiento que los otros intercediendo por aquellos á quienes libró su hijo. Repito que son de mucho peso las palabras que salen de la boca de una madre. Y si se juntan las lágrimas á las palabras; ¿qué corazón podrá resistir á este doble asalto? Antipatro, gran amigo de Alejandro, habia escrito á este una carta atestada de acusaciones contra Olimpia, madre del príncipe. Alejandro la leyó sonriéndose y al acabarla dijo: «Verdaderamente Antipatro es un simple, pues no sabe que una sola lágrima de mi madre basta para borrar mil cartas como esta.» Por mi parte si yo tuviera la dicha de encontrar una de esas preciosas perlas que destilaron de los ojos de la reina del cielo, creeria que nada habia imposible para mí. No, no habria ninguna gracia que yo no cre-

(1) Serm. de Nativ. Virg.  
(2) Serm. de Assumpt.

(3) Serm. 35 de sanctis.  
(4) Serm. 8 de Assumpt.

yese poder impetrar presentándola á su amado hijo, y ningún pecado, por enorme que fuese, me haria desconfiar de conseguir el perdón. En fin me figuro que no podria acontecer ningún mal á quien guardase una reliquia tan preciosa. Si María no está ahora en estado de verter lágrimas, no obstante siempre puede presentar por nosotros las que en otro tiempo derramó en abundancia y pedir todo lo que quiera, porque el Salvador las estima en mucho para negarles nada.

III. No nos detengamos en las lágrimas, porque aun hay otra cosa de mas fuerza. Con efecto ¿qué no alcanzará María santísima recordando al Salvador la leche que mamó? Los poetas de la gentilidad fingieron que habiendo caído de lo mas alto del cielo algunas gotas de la leche de Juno volvieron blanca una porción notable del firmamento, que aun hoy llamamos la via láctea, destinada segun ellos para mansión de las almas mas perfectas, y que habiendo tocado aquel liquido á algunas rosas les quitó su color purpúreo y las volvió blancas. Estas son fábulas forjadas por la fantasía; pero la verdad es que no hay camino mas llano para llegar al cielo que el que está regado con la leche de la madre de Dios, y que no hay conciencia tan manchada de sangre, que al punto no quede blanca con una sola gota de aquella leche. No hay mas que decir á Jesucristo: Por el amor de la madre que te crió, y por los pechos que te dieron de mamar; y al punto se desvanece su ira como se deshace el rocío con el sol.

IV. ¿Qué sucederá cuando lleguemos á triplicar las baterías y á mezclar la sangre de Jesus con la leche de María, es decir, á asaltar la misericordia del Padre con las llagas del Hijo y los pechos de la madre? Es cosa hecha, decía Arnulfo de Chartres (1), y el hombre

(1) Tract. de laudibus Virg.

puede con confianza presentarse á Dios cuando tiene al Hijo por intercesor con el Padre y á la madre por medianera con el Hijo, cuando este descubre sus llagas y especialmente la de su santísimo costado, y la madre muestra su seno. No hay que temer la repulsa cuando se emplean estos motivos de clemencia, estas razones de compasion. Ve aquí la sucinta, pero ferviente oracion del papa S. Inocencio III: «Señor, te suplicamos que la gloriosísima virgen Maria, tu digna madre, interceda por nosotros contigo en memoria de que su santísima alma fue gravemente traspasada con la espada del dolor á la hora de tu muerte.» Ve aquí otra del glorioso S. Francisco: «Santa madre de Dios, madre de bondad y hermosura, ruega por nosotros á tu dulcísimo hijo nuestro señor Jesucristo entregado á la muerte, para que por su benignísima misericordia y clemencia y por la virtud de su encarnacion y de su muerte alcancemos el perdon de nuestros pecados.»

V. Me parece que los santos encarecen mas todavía lo que acabo de decir, y que por cima de las súplicas, las lágrimas, y la memoria de la leche que mamó el Salvador, ponen cierto poder material tan absoluto, que es imposible sea repulsado. Santa Teresa de Jesus decia haber sabido por experiencia que nuestro Señor oia fácilmente los ruegos del patriarca S. José, porque habia estado sujeto á él durante su vida mortal. Y si esto es cierto, como hay grandísima verisimilitud, habiendo sido incomparablemente mayor el poder de la virgen Maria, ¿qué habremos de juzgar de la autoridad que su hijo le ha reservado en el cielo? La llamo autoridad, porque es cierto derecho grabado en el fondo de la naturaleza y que no puede expresarse mejor que por este nombre. Me persuado á que S. Metodio (4) mártir

(4) Orat. in Hypapante.

queria hablar de ella cuando se dirigia á la Virgen en estos términos: «Te suplicamos humildísimamente, oh santa señora, que excedes en bondad á todos y á quien el glorioso titulo de madre dá la facultad de tratar mas libremente con tu hijo, que te dignes de acordarte de nosotros.» No dudo que en este mismo poder se fundaban las oraciones de los santos ángeles, á quienes vió santa Brigida postrarse delante de la madre de Dios diciéndole: «Benditísima señora del mundo, no hay cosa que tú no puedas, y todo cuanto desees, se hará así que quieras.» S. Pedro Damiano lo dijo con palabras tan graves y enérgicas, que no pudieron sufrirlas los pusilánimes y quisquillosos. «¿Cómo la soberana potencia, dice, que tomó carne de tí, ha de querer oponerse á tu poder? Porque tú te acercas al altar de oro de nuestra reconciliacion no solo en estado de suplicante, sino como quien tiene derecho de mandar; no en calidad de sierva, sino como la señora de la casa (1).» Estas palabras, aunque algo exageradas, han de entenderse en el sentido que he declarado hasta aquí; á saber, que el titulo de madre le da cierta superioridad sobre todos los espíritus bienaventurados, de suerte que sus súplicas son reforzadas y como autorizadas con especial poder, el cual se funda en la naturaleza, es realzado por la gracia y colmado por la gloria de que goza ahora.

VI. El sabio y santo arzobispo de Florencia lo explica sutilmente en estos términos: «Las súplicas de los otros santos no estriban en ningun fundamento de su parte, sino solo en la misericordia de Dios; pero las de la Virgen tienen por basa y fundamento la gracia de Dios, el derecho natural y la justicia del Evangelio; porque la razon obliga al hijo no solamente á escuchar á la madre, sino á condescender con sus justos deseos, y está termi-

(1) Serm. 4 de Nativ.

nante la orden del Salvador mismo, que nos fué intimada por su apóstol. Así la oración que la Virgen hacia, era muy excelente, tanto porque procedía por cierta especie de mandato, cuanto porque no podía ser desechada, según aquello que Salomon decia á su madre Betsabé: «Pide, madre mía, pues no es razón que yo te haga volver el rostro (1).» Estas palabras muestran bien que han de entenderse de la oración que hacia aun en este mundo; mas ¿quién podría creer que ahora que es reina del cielo, suplicase con menos poder y eficacia que cuando vivía entre nosotros como peregrinante? El abad Rupert dice á María á este propósito (2): «Permite, oh gran medianera de los hombres, castísima madre del Verbo divino, que te manifieste un deseo: me acuerdo de Jacob, aquel denodado campeón que tuvo valor de pelear una noche entera, con el ángel, á quien la Escritura llama el Señor: y yo tendria tambien gana de luchar con tu hijo el hombre Dios por medio de la oración; pero no me atrevo á acometer esta empresa sino defendido con tus armas y escudado con tu protección. Ayúdame solamente con tu poder, y no me amedrentará su fortaleza. Virgen santísima, séame permitido hacerte la misma petición, y pues sabemos por tu fiel siervo el abad Guerrico (3) que no hay medio de entrar en la gracia de tu hijo á no captarse antes la tuya, concédenosla. Si se trata de pelear, no nos negamos á entrar en el palenque, aun cuando hubiera de costarnos tanto como á Jacob, es decir, el debilitamiento del nervio del muslo y la muerte irremisible de la vida sensual: solamente suministranos armas para pelear, alienta nuestra flaqueza, socorre nuestra debilidad, y si nos ves en peligro de ser

(1) III Reg., II.

(2) Prolog. in Cant.

(3) Serm. 2 de Assumpt.

derribados en tierra, ampáranos con tu fortaleza á condición de que se cuelguen de tus altares los trofeos de nuestras victorias.

§. VI.—Del poder de la misma medianera proveniente de la incomparable bondad de su hijo.

¶ I. ¿Qué bello espectáculo ver salir de Betulia á la casta Judit depuesto el luto, mas adornada que en el día de sus bodas y con la gracia retratada en su semblante! La sagrada escritura hablando de ella dice que el Señor le dió gracia y esplendor, porque toda aquella compostura no nacia de liviandad, sino de virtud (1). Esto hizo á mi parecer el rey del cielo realzando de tal suerte por su bondad el valimiento que el título de madre daba ya á la Virgen, que le puso en el mas alto punto, á no que, dice S. Bernardo (2), pudiese alguno imaginarse que el Salvador tiene poco ó ningun cariño á tal madre, ó se persuadiese á que habiendo Salomon honrado tanto á la suya, que la hizo sentar á su lado y le dió todo poder en su reino, y habiendo entregado el emperador Constantino á su madre santa Helena los sellos del imperio y las llaves de su tesorería con plena potestad de disponer de sus tesoros y conceder toda suerte de gracias, el monarca del universo habia de tener menos miramiento con la que le llevó en sus entrañas. Pero es claro que esto no puede ser, por cuanto no hubo nunca un hijo que honrase así á su madre, y diré resueltamente que aun cuando se hiciese una quinta esencia del amor que han profesado todos los hijos á sus madres, no podría llegar al del Salvador. De aqui colijó que teniendo él el poder y el querer de

(1) Judith, X.

(2) Serm. 4 de Assumpt.

ensalzarla y no habiendo nada que se lo impida, lo hace con tanto exceso, para valerme de las palabras sagradas, que el cielo se pasma y ella misma queda extática de amor y gratitud á su hijo. Ya dije algo acerca de esto tratando de la gloria que el Señor confirió á su madre en el cielo (1), y hablaré mas en adelante y con especialidad en el capítulo siguiente; pero despues de haber hecho todo lo posible aun quedarán portentos de favor y valimiento superiores á nuestra comprension. Figurémonos el mejor recibimiento que podamos: imaginémonos todo lo que puede hacer Dios para honrar á su madre: lo que concebamos, será menos de lo que es realmente.

II. Mas por cuanto á las cosas divinas solamente llegamos por las humanas, espero no lleven á mal mis lectores que refiera un hecho de la historia romana. La virtuosa matrona Veturia habia educado á su hijo Marcio Coriolano con tanto esmero, dignidad y cariño, que no se hablaba en Roma de otra cosa que de las buenas partes de este mancebo. En todas las batallas Marcio era de los primeros y ganaba alguna corona, que estimaba solamente por poder ofrecerla á su buena madre ó darle el gusto de ver á su hijo coronado. Ya por sus proezas militares habia merecido el cognomento de Coriolano, cuando se presentó como candidato al consulado; pero llevó repulsa, porque se temia que no cediese, ni se acomodase á las importunas pretensiones y á las facciosas maquinaciones de la plebe. Despechado por la repulsa se pasa á los volscos, enemigos entonces de los romanos, que le reciben con los brazos abiertos, y aprovechando la ocasion le nombran general de su ejército. Coriolano se presenta á las puertas de Roma con pasmo de todos, y aun los mas

(1) Trat. 4, cap. 44.

osados temen, aunque aparentan otra cosa. Los templos están atestados de gente, que va á implorar el auxilio de los dioses. En fin Valeria, matrona de distincion, acompañada de algunas otras señoras se dirige á la casa de Veturia y Volúmia, madre y esposa de Coriolano, á quienes encuentran poseidas del sentimiento comun, y en breves palabras les manifiestan que en ellas solas está la esperanza de la república y que en su mano está salvarla ó arruinarla. No fué menester mas para que las dos matronas romanas accedieran á cuanto se les pedia. Así sin tardar mas que el tiempo preciso para vestirse segun lo exigian las calamidades públicas, salen de la ciudad con los hijos de Coriolano y un puñado de mujeres. Hallábase entonces el caudillo de los volscos celebrando consejo de guerra y no pudo comprender lo que significaba aquel escuadron mujerial que se encaminaba á su campo: mas cuando se acercaron y vió que iban entre ellas su madre y su mujer y sus hijos, no fué dueño de sí y levantándose de su asiento salió á recibirlos, los besó y se enterneció. Entonces Veturia le habló de esta suerte: «Deja que sepa antes que me abrace, si vengo á presencia de un hijo ó de un enemigo, y si soy cautiva ó madre en tu campo. Mi larga vida è infeliz vejez ¿me ha traído al punto de verte primero expatriado y luego enemigo? ¿Cómo has podido talar este país que te dió el ser y te crió? Cuando entraste en sus términos, ¿no se amansó tu ira, aunque habias llegado con miras hostiles y ademan de amenaza? Cuando estuviste á la vista de Roma, ¿no te ocurrió: Dentro de aquellas murallas están mi casa y mis penates, mi madre, mi mujer y mis hijos? ¿Con que si yo no hubiera parido, Roma no sería sitiada? ¿Con que si yo no tuviera un hijo, viviria libre en mi patria libre? Pero ya no puedo padecer nada ni mas vergonzoso para tí, ni mas terrible para mí, ni he de vivir largo tiempo para ser la mujer mas infeliz. Acerca de estos tú verás: si marchas adelante, los

aguarda ó una muerte temprana, ó una servidumbre duradera.»

III. Dicho esto calló, mientras Coriolano tenia clavados los ojos en el suelo y el corazón combatido de diversos afectos; pero sin articular una palabra. Viendo esto Veturia prosiguió así: «¿Así me tratas, hijo mio? ¿Quieres para aumento de mis penas que se diga que no te has dignado de responder á tu madre ó que has desechado sus súplicas? Tu patria ha pagado bien los agravios que supones haber recibido de ella, y puedes creer que yo por mi parte, no habiendo recibido hasta ahora ningún disgusto de tí, no me hallo en estado de sufrir este sin morir.» Al decir esto se echó á los pies de su hijo con su nuera, sus nietos y las otras damas romanas, que tenían bañados los ojos en lágrimas. Coriolano conmovido con aquellas palabras y aquellas lágrimas levantó á su madre y le dijo: «¿Qué has hecho, madre mia?» Y estrechándole la mano continuó: «Has conseguido una victoria dichosa verdaderamente para tu patria; pero muy fatal y mortal para tu hijo.» Y así fué verdad, porque habiendo mandado levantar el cerco y vuelto á Ancio, le mataron algunos volscos amotinados, á quienes instigó Tulo Aufidio, hombre de cuenta entre ellos; pero Coriolano prefirió perder la vida mas bien que faltar á la obediencia que habia guardado hasta allí inalterablemente á su madre.

IV. Confieso que no puede leerse un rasgo de mas cortesania, si nos concretamos á los deberes y á la gratitud de los hombres; pero cuando se trata del rey del cielo, es preciso olvidar lo que han hecho los otros hijos, porque lo que es singular é inimitable de todas maneras, no admite comparacion. Mas proporcion hay entre un átomo y el cielo que entre los honores tributados por los demás hijos á sus madres y la menor muestra de cariño que el Salvador da á la suya. Solo á Dios corresponde

exceder todos los limites de los méritos humanos y realzarlos con testimonios de reconocimiento que pasan de toda medida. Con efecto ¿qué se puede añadir despues de haber dicho que la hizo omnipotente: que se hace cuanto ella manda; que no necesita mas que manifestar su voluntad para alcanzar lo que pide: que el Señor no tiene mayor cuidado despues del de honrar á su padre que el de honrar á su madre: que recibe mas gozo de los respetos tributados á ella que de los suyos propios: que él es el juez; pero que ella modera sus sentencias? Dignate, virgen madre, de mirar por los que son zelosos de tu honra. ¡Ojalá que todos los que tienen algun conocimiento de tu incomparable bondad y de tu valimiento con tu hijo, redoblen sus deseos de amarte, honrarte y servirte, para que resuenen eternamente en el cielo las alabanzas de la madre y del hijo, de la medianera y del que nos la proporcionó, y confiesen todos haberles cabido en suerte por tu intercesion la dicha que poseen!

### UNDÉCIMA ESTRELLA

**ó grandeza de la corona de poder de la madre de Dios.**

### CAPITULO XII.

Siendo el trono real la cumbre de la grandeza y poderío bien merece ocupar lugar entre las principales grandezas del poder de la madre de Dios. Espero que las consideraciones sugeridas por este titulo estimularán á los cristianos á honrarla cada vez mas. Pero á fin de proceder con mayor claridad consideremos primeramente la calidad de rey de su hijo.